

MUERTE AL EMPERADOR

SIMON SCARROW

MUERTE AL EMPERADOR

Libro XXI de Quinto Licinio Cato

Traducción de Ana Herrera



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Deaht of Emperor*

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Mapas de Tim Peters

Primera edición: noviembre de 2023

© Simon Scarrow, 2022
© de la traducción: Ana Herrera, 2023
© de la presente edición: Edhasa, 2023
Diputación, 262, 2ª1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6435-4

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 18869-2023

Impreso en España

A la memoria de Glynne Jones, un caballero en todos los sentidos. Después de una vida larga y rica, su muerte deja un enorme hueco en las vidas de los más cercanos a él, y también en las de aquellos que tuvimos el privilegio de contar con él como amigo.

Adiós, caballero Jones, con gran respeto y afecto de The Varlet.

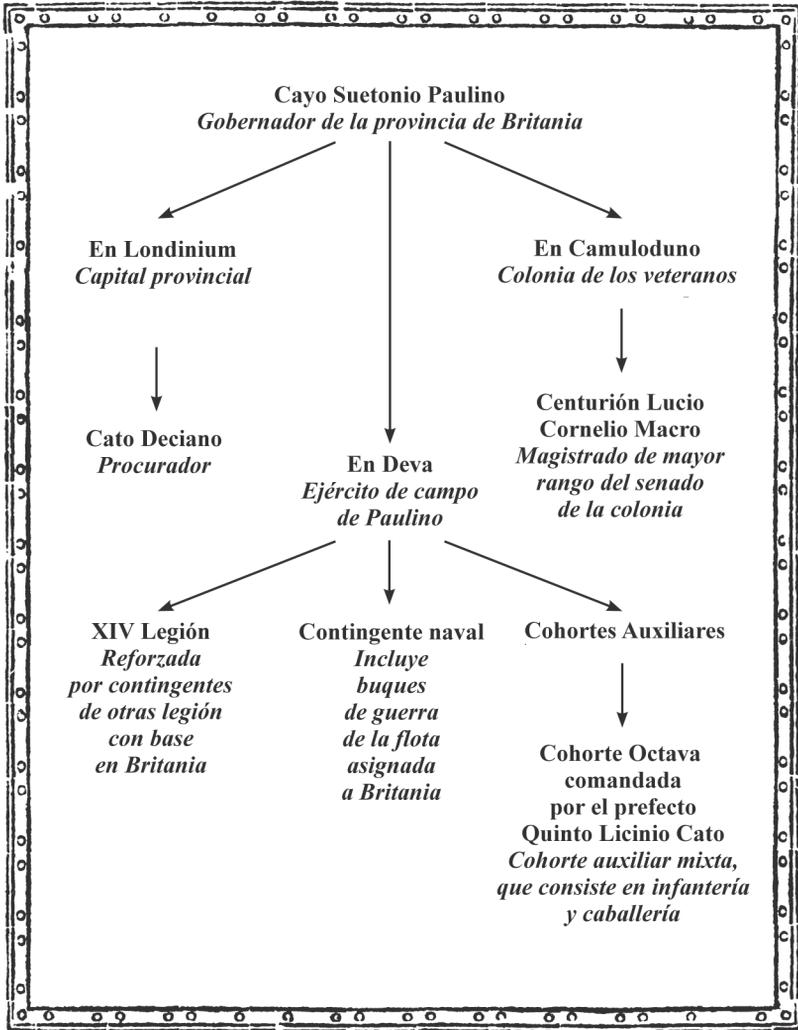
BRITANIA, 60 D.C.



CAMULODUNO, 60 D.C.



CADENA DE MANDO



PERSONAJES

CENTURIÓN MACRO: un héroe de Roma.

PREFECTO CATO: mejor amigo de Macro; un soldado muy cumplido.

PETRONELA: la mujer de Macro.

LUCIO: hijo de Cato, de su difunta esposa.

CLAUDIA ACTÉ: enamorada de Cato y anterior amante del emperador Nerón; se piensa que murió en el exilio.

CASIO: un perro callejero de aspecto salvaje y con un apetito feroz.

PARVO: un chico mudo.

APOLONIO: liberto griego.

CATO DECIANO: procurador de Britania.

SUETONIO: gobernador de Britania.

PORCIA: madre de Macro.

CAYO HORMANO: tratante de esclavos.

BOUDICA: reina de los icenos.

BARDEA: hija mayor de Boudica.

MERIDA: hija menor de Boudica.

SIFODUBNO: primo de Boudica.

BLADOCO: druida.

PERNOCATO: cazador trinovante.

ATALO: oficial a cargo del cuerpo de guardia de Deciano.

FASCO: soldado de infantería.

TRASILO: comandante de la Décima Cohorte Gálica.

Octava Cohorte:

GALERIO.

MINUCIO.

ANIO.

VELIO.

DECIO.

FLACO.

TUBERO.

RUBIO.

En Camuloduno:

ULPIO.

VULPINO.

FLAMINIO.

VARIO.

TERCILIO.

SILVANO.

CALDONIO.

BALBANO.

ADRASTO.

VENUCIO.

PRÓLOGO

Britania, noviembre 60 d. C.

El rey murió poco antes del amanecer.

Junto a la choza redonda imperial, los cortesanos esperaban en silencio en torno a un gran fuego. En otro momento habrían estado bebiendo y hablando en voz alta con mucha animación, interrumpidos por las canciones que se entonaban de repente en medio del jolgorio general. Pero aquella última noche se habían quedado sentados con un humor sombrío, y sus conversaciones, quedas, se limitaban a breves comentarios sobre el futuro del reino después de que Prasutago hubiese abandonado este mundo. Se sabía que recientemente había cambiado su testamento y nombrado coheredero al emperador romano Nerón, junto con su reina. Las noticias habían sorprendido mucho a su pueblo, que lo consideraba un acto de traición.

¿Con qué derecho Prasutago había entregado la mitad del reino iceno a un déspota que vivía en una ciudad muy lejana, más allá del mar? Además, Nerón era el gobernante de un reino cuyas legiones habían aplastado un pequeño levantamiento y matado a la mayoría de los guerreros de la tribu sólo unos cuantos años antes, cuando Escápula era gobernador. Los soldados romanos habían saqueado pueblos y abusado de las mujeres. Los veteranos, establecidos en la colonia

fundada en Camuloduno, se habían apoderado de las tierras de los granjeros y las propiedades de los nobles que bordeaban el territorio. Todo aquello fue causa de gran vergüenza para el orgulloso pueblo de los icenos. Ahora, hacían lo que podían para aliviar la carga de la humillación, negándose a comerciar con mercaderes romanos y rechazando, en lo posible, todo contacto con los invasores.

Aunque los consejeros del rey hubiesen compartido los sentimientos del pueblo con respecto de ese testamento, habían acabado aceptando, igual que Prasutago, que era necesario un acuerdo con Roma si la tribu quería tener algún control de su destino. El tema crítico era el tratado que había seguido a la invasión diecisiete años antes. A cambio de aceptar la protección romana y en reconocimiento de su gobierno de la tribu, el rey había accedido a que Roma tuviese el derecho de coronar a su sucesor. En aquellos tiempos, se le había asegurado que sería una simple formalidad, pero él y sus consejeros habían sabido al final que la condición de «rey cliente», como lo llamaban los romanos, era poco más que un estado precursor de la anexión del reino, después de lo cual Roma lo gobernaría directamente.

El rey y su consejo habían confiado en que, nombrando a Nerón coheredero, se aplacase el apetito de Roma y que, al mismo tiempo, se tomase como prenda de la lealtad icena al Imperio. Algunos habían asegurado que era una falsa esperanza y habían señalado el ejemplo de otras tribus que habían llegado a lamentar tratar con Roma. El asunto resultaba aún mucho más preocupante por la información que había recibido Prasutago del gobernador de Londinium de que la plata regalada al rey en la época del acuerdo de hecho no era un regalo, sino un préstamo. Roma pretendía ejecutarlo, con intereses, en el momento en que muriese Prasutago. Gran parte de las monedas se habían usado para comprar grano y alimentar al pueblo, después de las malas cosechas de los últimos

dos años, y quedaba muy poco para devolver a los prestamistas romanos.

El conocimiento de todo esto pesaba mucho en la mente de los que estaban reunidos en torno al féretro, en el salón real, donde yacía el cuerpo del rey. Llevaba diez días sintiéndose demasiado débil para levantarse del lecho, y su esposa y reina, Boudica, no se había apartado de él ni un instante, lo había cuidado lo mejor que había podido. En su mejor momento, Prasutago había sido un guerrero tan alto y fornido como el que más en la tribu de los icenos. Su pelo largo, del color de la paja, enmarcaba un rostro amplio, agradable, y sus ojos azules chispeaban; daba la sensación de que era un hombre que disfrutaba de la vida y se comunicaba fácilmente con los afortunados que lo acompañaban. La mayor parte de su pueblo le amaba y los que no lo habían hecho, al menos le respetaban. La enfermedad del último año lo había consumido por entero, de modo que ahora apenas era reconocible, incluso para aquellos que lo conocían mejor. Poco más que piel y huesos, con los ojos hundidos y la piel manchada, y unos rasgos con frecuencia retorcidos por el dolor que aquejaba a su cuerpo enfermo.

Boudica había hecho todo lo posible para curarlo, pero los druidas se habían mostrado impotentes. Dejando a un lado su aprensión, incluso había pagado a un médico romano de Londinium para que acudiera a la capital de los icenos, pero éste también había fracasado. Al final, lo único que había podido hacer ella era intentar consolar a su marido moribundo y hacer ofrendas a los dioses para asegurar que fuera bienvenido en la otra vida.

Boudica se había quedado toda la noche sentada oyendo la respiración de su marido, cada vez más trabajosa, hasta que apenas fue poco más que un débil sonido sibilante. Al final se detuvo. Ella esperó un momento antes de poner la oreja contra su esquelético pecho. Su corazón ya no latía. Con un suspiro, levantó la cabeza y besó con ternura su mano flác-

cida, que yacía a través de su pecho, y se volvió para mirar a sus hijas, al resto de la familia, a los nobles y a los miembros del consejo real.

–El rey Prasutago ha muerto –anunció la reina.

Nadie se movió, nadie dijo nada. Su hija menor, Mérida, cerró los ojos, se tapó la cara con las manos y empezó a sollozar. La mayor, que tenía dos años más que su hermana, había heredado los rasgos fuertes de su padre, y con dieciséis años ya estaba prometida a un noble de una propiedad costera. Se acercó a su madre y la abrazó.

–Ay, mi dulce Bardea –le susurró Boudica al oído–. ¿Qué va a ser de nosotras ahora? ¿Qué va a ser de los icenos?

–Los icenos resistirán, madre. Siempre ha sido así.

Boudica aumentó la presión de su abrazo, conmovida por la sencilla expresión de convicción de su hija.

–Sí, claro... –«Si ella lo comprendiera», pensó. «Nuestra tribu está al mismísimo borde del olvido. Nuestro destino ya no es nuestro, no podemos decidirlo nosotros solos. Nuestro futuro quedará sellado muy lejos de aquí, en Roma. El reino de los icenos continuará o caerá a capricho de Nerón, el muchacho emperador».

Soltó a su hija y la separó a la distancia de un brazo, mirando con aprobación la firmeza de su mandíbula y la tensa decisión de no dejar escapar la pena. Las lágrimas vendrían luego, en privado, como las suyas propias. Pero había que ocuparse de otros asuntos antes. Señaló a Mérida.

–Atiende a tu hermana –le dijo en voz baja–. Ella era la favorita de tu padre, como tú eres la mía. Llévala a tu choza y consuélala.

–Sí, madre.

–Yo iré también en cuanto haya hablado con el consejo real.

Intercambiaron una breve mirada, y Bardea asintió. Varios días antes, cuando el rey quedó confinado en su lecho de

muerte, habían hablado de aquel momento y de lo que debía pasar a continuación.

Boudica miró a sus hijas mientras éstas abandonaban la sala con el corazón dolorido por la preocupación de lo que el futuro podía deparar para ellas. Ya no había nada seguro. Todas las tradiciones de la tribu, que se remontaban a innumerables generaciones, podían quedar eliminadas en los días venideros, si Roma actuaba con cruel indiferencia hacia el pueblo iceno. ¿Qué sería de Bardea y Mérida en un mundo que ya no tenía lugar alguno para las princesas? ¿Quién las protegería cuando la casa real ya no existiera?

Una vez desaparecieron de allí, Boudica hizo una seña al comandante de la guardia personal del rey y éste, en silencio, ordenó a dos guerreros que cerrasen las puertas. El suave encaje de las maderas hizo que algunos levantaran la vista por encima del hombro y luego fijaron su atención en la reina.

Era robusta, con las caderas y los hombros anchos, y su altura le confería una presencia física que hacía juego con su personalidad imponente. Aunque ya era de mediana edad, con el rostro ligeramente arrugado, su mirada aún era astuta y penetrante. Su largo pelo rojo, que llevaba atado hacia atrás con una sencilla banda de cuero, la hacía sobresalir entre las otras mujeres de la corte.

Debido a su aguda inteligencia, combinada con los conocimientos que había adquirido en la niñez gracias al tutor que su noble padre había mandado traer de la Galia, Boudica era una de las pocas personas presentes allí que sabía hablar y escribir latín. Por ello había sido la mano derecha de Prasutago durante todo su reinado y, cuando su salud empezó a fallar, asumió su autoridad para procurar que los icenos siguieran siendo gobernados sabiamente y, en conjunto, con justicia.

Se había ganado la confianza del pueblo y de la mayoría de la corte real, pero, ahora que el rey había muerto, algunos aspirarían a ocupar su lugar. Boudica sabía quiénes serían y

por qué a la mayoría de ellos no se les podía confiar el poder, en particular en aquellos momentos tan delicados. Un noble testarudo que reafirmara con audacia las ambiciones de los icenos podía enfurecer a Roma y provocar que su ira cayese sobre la tribu. La facilidad con la que, unos cuantos años antes, los soldados romanos habían sofocado el levantamiento, había sido una saludable lección para los icenos. La derrota fue aún más humillante debido a la insistencia romana de que los guerreros de la tribu entregasen sus armas. Las únicas permitidas eran las usadas para la caza; la armadura y espadas, que pasaban de padres a hijos y eran tratadas con reverencia, tuvieron que ser entregadas a los romanos. No todas, por supuesto. Se habían ocultado algunas, enterradas bajo las chozas o escondidas entre las traicioneras corrientes de agua y pantanos donde los romanos se mostraban poco dispuestos a entrar. Existía en la tribu la sensación general de que llegaría el día en que las espadas de los guerreros icenos volverían a empuñarse otra vez. Pero ese día, según decidió Boudica, no había llegado todavía.

Examinó las caras de los nobles, guerreros y miembros del consejo del rey y observó la mezcla de respeto, cálculo y expectación en sus expresiones. Luego volvió a mirar el cuerpo de su marido, el hombre al que había aprendido a amar pronto, después de su matrimonio concertado. Notaba ya un dolor agudo de añoranza por él. Sonrió con tristeza al recordar su risa contagiosa, el afecto que siempre presidió su vida privada, lejos de su papel como gobernante de los icenos. Cerró los ojos y exhaló un hondo suspiro, dejando a un lado los pensamientos del pasado y obligando a su mente a concentrarse, mientras se volvía a los que estaban en la sala.

—Hemos perdido a nuestro rey. La cuestión que se nos presenta es decidir quién lo sucederá. Aunque yo soy vuestra reina, es nuestra costumbre que el consejo del rey y los nobles tengan la última palabra para elegir a nuestro próximo go-

bernante. Diré, ante todos vosotros aquí reunidos, que me sentiría muy honrada de gobernar en el trono de Prasutago. Ya sabéis lo que valgo. Lo he demostrado este último año, mientras nuestro amado rey estaba afectado por la enfermedad que al final se lo ha llevado. También era su deseo expreso que yo heredara el reino.

–Junto con el emperador romano –la interrumpió una voz.

Su mirada se desvió hacia un noble, un hombre recio, que estaba situado a la derecha. Llevaba un torques de oro alrededor del cuello, modelado de tal forma que parecía una serpiente con dos cabezas. La amplitud de su pecho y sus hombros compensaba su falta de altura, y un fleco de pelo rubio rodeaba su cabeza calva. Un mostacho trenzado caía a cada lado de sus labios finos, que ahora levantaba, ligeramente, burlón.

–Primo Sifodubno, conoces muy bien las razones por las cuales se nombró a Nerón. Estabas en el consejo cuando se accedió al testamento.

–Yo no estuve de acuerdo, como recordarás. Y no fui el único. –Sifodubno miró a los otros nobles; varios asintieron y murmuraron su apoyo.

–Sin embargo –continuó Boudica–, el rey pidió al consejo que votase sobre el asunto: y el resultado quedó bien claro. Estamos ligados por esa decisión.

–¿Y quién lo dice? No se tomó juramento alguno ante un druida. Yo digo que no estamos ligados a aceptar los términos del testamento. Prasutago ya no está. Quizá su sucesor elija renunciar al acuerdo. Quizás el nuevo rey tenga el valor de plantarle cara a Roma y salvar el honor de los icenos.

Boudica notó que se le retorcían las tripas de ira y disgusto. El cuerpo de su marido todavía estaba caliente, y ese antiguo rival estaba ya sugiriendo que Prasutago había sido un cobarde y había traicionado a su pueblo. Apretando la

mandíbula para no dejar ver su ultraje ante aquella falta de respeto, se quedó muy quieta, altiva y silenciosa, mirando a Sifodubno durante mucho rato antes de responder.

–Está claro que te crees digno de ocupar el lugar de mi marido. ¿Es esto cierto?

Sifodubno sonrió antes de asumir una expresión más imperiosa.

–Si nuestro pueblo decide que yo gobierne, entonces será una decisión que honraré con mi vida. Si me convirtiera en rey, sería mi deber jurado restablecer el prestigio de los icenos y mantener el reino fuera de las garras de Roma.

Varios hombres anunciaron su apoyo en público, y la rápida mirada de Boudica los identificó como compinches del que había hablado, nobles y guerreros dirigentes que lo habían seguido en el fracasado levantamiento de unos años antes. Habían hecho gran exhibición de lo que llamaban su «heroica lucha» contra Roma. En realidad, había sido un conflicto condenado desde el principio. Pocos se habían unido al estandarte de Sifodubno cuando éste llamó a su gente. Antes de esperar a presentar el asunto ante Prasutago y su corte y dejar que los icenos decidieran como conjunto, el noble y su facción marcharon contra el invasor. Fue un movimiento temerario.

Boudica levantó la mano para pedir silencio y sólo la bajó cuando el último de los seguidores de Sifodubno se quedó callado.

–Hablas del prestigio de los icenos y, sin embargo, fuiste tú quien trajo la vergüenza sobre nuestro pueblo, por la facilidad con la que fuiste derrotado. Ni siquiera fuiste humillado por las legiones romanas. Lo único que tuvieron que hacer para aplastar a tus fuerzas fue enviar a un puñado de cohortes auxiliares respaldadas por levas de las otras tribus de Britania. Soldados de segunda, en el mejor de los casos –añadió ella, despectiva.

–Al menos luchamos –replicó Sifodubno–. Luchamos y conseguimos honor para nuestro pueblo.

–¿Honor? –rio amargamente Boudica–. ¿Qué fue lo que conseguisteis? Atacasteis unas cuantas granjas, quemasteis un puñado de pueblos y masacrasteis unas cuantas patrullas. Pero, en el momento en que los romanos reunieron las tropas suficientes para contrarrestar la amenaza, corristeis a la seguridad de un fuerte en las marismas. ¿Cuánto tiempo aguantasteis tú y tus bravos guerreros? Recuérdanoslo...

Sifodubno la miró, y su rostro cambió de color.

–¿No tienes nada más que decir? –lo instó Boudica–. Pues deja que lo cuente yo. Durasteis, exactamente, dos días, mientras el comandante romano esperaba que respondierais a su ofrecimiento de rendición. Y luego, como no os rendíais, ordenó a sus hombres que avanzaran, y todo terminó en un momento. Tú y tus guerreros arrojasteis las espadas en cuanto se abrieron las puertas. Fue una suerte que murieran tan pocos y que el gobernador romano decidiera ser indulgente, pero aun así nos costó la mayoría de nuestras armas y armaduras, además de una compensación por los daños causados a las propiedades romanas y la conscripción de doscientos de nuestros mejores jóvenes en las unidades auxiliares romanas. Y, por añadidura, y para nuestro perjuicio, los romanos ahora tienen una serie de puestos donde custodian nuestras fronteras. –Hizo una pausa para que sus palabras fueran penetrando–. Y tienes la desfachatez de decir que eso fue «conseguir honor para nuestro pueblo». ¡Bah!

–Si la tribu nos hubiese seguido, habríamos triunfado –replicó Sifodubno–. Si Prasutago hubiese reunido a los guerreros icenos, habríamos aplastado a las compañías auxiliares romanas.

–Pero no le disteis la oportunidad –respondió ella–. Todo terminó antes de que hubiese tiempo para que el rey convo-

case el consejo tribal. En cualquier caso, aunque hubiésemos derrotado a los auxiliares, tendríamos que habernos enfrentado a las legiones. –Miró a algunos de los hombres de más edad que estaban ante ella–. Sólo unos pocos de nosotros hemos visto a las legiones en acción. Aquellos que lo han hecho saben que sería una verdadera locura que los icenos les declarásemos la guerra. Las legiones nos aplastarían, como han hecho con cada una de las tribus que se han opuesto a ellos en combate. Ni siquiera el gran Carataco, señor de la guerra, pudo derrotarlos, y fue cazado y llevado a Roma encadenado. Tú, Sifodubno, no eres lo bastante viejo para haber visto esto.

–Quizá la edad haga cobardes a aquellos que temen a Roma –se burló él–. Quizás es hora de que empuñen las espadas los hombres más jóvenes de entre los icenos. Si me elegís para suceder a Prasutago, juro que le daré algo que temer a Roma. Inspiraremos a las otras tribus para que se alcen también, y echaremos al invasor. Y, cuando se haya hecho esto, seremos la tribu más poderosa de la tierra.

–Unas palabras muy atrevidas para alguien que falló en el primer paso que dio –se burló Boudica–. ¿Crees que mi marido no tenía los mismos sueños que tú? Sin embargo, él tuvo el sentido común de saber lo que se podía conseguir y lo que era imposible. Sí, puede llegar un día en que las otras tribus se cansen de vivir bajo el yugo romano y se alcen contra el invasor, pero ese día todavía se halla distante. Hasta entonces, debemos ocultar nuestra ira, debemos mantener las espadas afiladas, pero ocultas. Debemos conseguir que Roma piense que los icenos somos lo bastante leales para dejarnos tranquilos gobernando nuestros propios asuntos y pagar los tributos que debemos. Si nos alzamos antes de estar preparados, antes de que las otras tribus hagan causa común, estamos condenados a la derrota, y la siguiente vez Roma no será tan indulgente. Masacrarán a nuestros guerreros, quemarán nuestras casas y se apoderarán de nuestro tesoro, y aquellos que sobrevivan serán vendidos

como esclavos. A su tiempo, hasta el mismo nombre de nuestra tribu quedará olvidado, y nadie recordará que existimos alguna vez... ¿Es eso lo que deseáis? –Boudica abrió los brazos, apelando a los hombres que tenía ante ella, y luego fijó su atención en Sifodubno—. ¿Es eso lo que deseas? ¿Dirigir a nuestros valientes y jóvenes guerreros a la muerte y la destrucción?

Vio la primera chispa de duda en su expresión, pero al momento volvió a adoptar una postura desafiante y arrogante, y se dio cuenta de que no había conseguido convencerlo. Todavía era demasiado joven para tener la experiencia que le habría concedido sabiduría. Muy bien, decidió. Había que evitar que se convirtiera en sucesor de Prasutago.

–El testamento de mi marido está claro y ha sido confirmado por el consejo tribal. Yo soy vuestra reina. Vuestra lealtad es mía por derecho.

–Pero eres una mujer –protestó Sifodubno—. Una tribu como la de los icenos debería ser gobernada por un guerrero.

–¿Y quién dice que una mujer no pueda ser guerrera? Yo he luchado al lado de mi marido. He empuñado la espada y la lanza y he derramado la sangre de mis enemigos. La mía propia ha sido vertida en combate. ¿Puedes tú decir lo mismo, joven? Eres un guerrero que nunca ha padecido la sangre gracias a tu rápida rendición.

Sifodubno hizo una mueca y emitió un gruñido audible, pero ella continuó:

–Me he probado a mí misma en combate. Y los icenos están gobernados por una guerrera, como tú has dicho que debía ser.

–Ya lo veremos. Tengo derecho a exponer el asunto ante el consejo, y éste debatirá si el testamento es legítimo o no.

–Y tú serás libre de exponerlo cuando se reúna de nuevo.

–Pero para eso faltan meses. ¿Por qué esperar? Podemos decidirlo ahora, aquí mismo. El consejo está reunido. No hay necesidad de retrasarlo.

–El consejo está aquí para ser testigo de la muerte de nuestro rey, para honrar su memoria y para presentar sus respetos a un guerrero cuyo renombre nunca igualarás tú, Sifodubno. Lo lloraremos, lo enterraremos, y después yo gobernaré a los icenos hasta el momento en que el consejo decida si otro debe ocupar mi lugar. Y eso no se puede hacer hasta la reunión del invierno, según nuestra costumbre. ¿No es así, señores?

Miró directamente a uno de los más antiguos y respetados consejeros de Prasutago, el druida Bladoco, que asintió y se llenó los pulmones de aire antes de hablar:

–Es cierto. Hasta entonces, juro por todos los dioses que seré leal a la reina Boudica. Ése es mi juramento.

–¡Y el mío! –gritó otro hombre. Otros más lo hicieron también, ahogando las pocas voces que se alzaron como protesta.

Sifodubno vio que lo superaban en número, y sus juveniles rasgos se arrugaron, fruncido amargamente el ceño. Cuando los gritos se fueron apagando, Boudica se volvió hacia él.

–Los icenos han hablado. No tienes más remedio que aceptarlo.

–Por ahora.

–Pero ¿lo aceptas? –insistió Boudica.

–Sí –siseó él.

–Entonces, dílo. Haz el juramento de lealtad a tu reina.

Sifodubno cruzó los brazos y adoptó un aspecto dolorido durante un momento.

–Juro por todos los dioses de nuestra tribu –anunció con tono monótono– ser leal a la reina.

–Entonces, está hecho –concluyó Boudica–. Ahora debemos decir a la gente que Prasutago ya no está y que yo gobernaré en su lugar.

Hizo un gesto hacia los dos guerreros que custodiaban la entrada al vestíbulo, y éstos abrieron las puertas y ocuparon

sus posiciones a ambos lados, mientras los miembros del consejo real y los nobles salían hacia el exterior, al gran espacio abierto rodeado por una empalizada. La multitud que se había reunido en torno a las hogueras se puso de pie, expectante. El primer resplandor de la aurora se extendía ya por el horizonte, en el este, y empezó a caer una llovizna ligera, que llenó de gotitas los mantos, las túnicas y el pelo de la gente de la tribu.

Boudica fue la última en salir. Antes miró a su marido por última vez.

–Mi amor... –susurró–, temo que vas hacia una paz que yo no conoceré mientras viva.

Se tapó la cabeza con el manto y se dirigió hacia las puertas. A pesar de la importancia del momento, ella ya miraba hacia el futuro. Aunque había acallado las ambiciones de Sifodubno por ahora, no había duda de que éste conspiraría contra ella en los meses que se avecinaban, a pesar de su juramento. Era un hombre demasiado peligroso para confiarle el destino de los icenos. Sin embargo, también era lo suficientemente astuto para aprovecharse del deseo de la tribu de restaurar la era dorada descrita en las canciones y leyendas. Boudica sabía que su pueblo, como la mayoría de los celtas, prefería regodearse en el sentimentalismo en lugar de aceptar las verdades duras y desagradables. «No te equivoques», pensó, «Sifodubno es el enemigo dentro. Habrá que vigilarlo muy de cerca».

Y aparte estaba el problema del enemigo fuera. A pesar del tratado entre los icenos y Roma, siempre había habido tensiones, y ella notaba que la cosa se acercaba a su fin. Su destino, el destino de su familia y el de los icenos dependían de cómo respondiera Roma a la noticia de la muerte de Prasutago. Ella no podía desprenderse de sus aprensiones sobre el futuro. En el mejor de los casos, los romanos usarían la situación para aumentar su influencia sobre los icenos. En

el peor, decidirían anexionarse la tribu y reducirla a una región de la nueva provincia que habían creado en la isla.

Al salir del salón y subir en la caja del carro de su marido, Bladoco exclamó a la multitud:

–¡El rey ha muerto! ¡He aquí Boudica..., reina de los icenos! ¡Que los dioses la protejan y le traigan prosperidad en la paz y victoria y botín en la guerra!

«Guerra... Ojalá los dioses nos la ahorren», rezó silenciosamente Boudica, con todo su corazón. Miró a media distancia mientras la multitud gritaba su nombre una y otra vez y la llovizna dejaba paso a la lluvia, traída por un viento helado que soplabá con el amanecer.

CAPÍTULO UNO

Camuloduno

–¡Levanta la maldita punta! –gruñó el centurión Macro, mientras apartaba a un lado otra débil estocada del joven y lo apartaba con un golpe en el hombro–. ¿Cómo te vas a convertir en legionario, si luchas así? ¡Mierda, he visto gatitos recién nacidos mucho más amenazadores que tú! Prueba otra vez, pero atácame con todas tus ganas, no malgastes las fuerzas inútilmente.

Dio un paso hacia atrás y se agachó, balanceando instintivamente el peso, de modo que estaba presto para saltar hacia delante o a un lado de forma inmediata, resultado de treinta años de ejercicio militar. Levantando su espada de madera de entrenamiento, fue haciendo pequeños círculos con la punta roma.

–Y ahora, Lucio –instruyó–, hazlo bien.

Frente a él, un chico delgado, de unos ocho años, con el pelo largo, oscuro y rizado, rechinó los dientes y adoptó una postura similar, preparándose para atacar. Sus ojos oscuros se estrecharon al mirar a Macro. Los dos estaban de pie en la grava a un lado del pequeño estanque con baldosas del patio de la casa de Macro. Dos mujeres y otro hombre miraban desde unas sillas dispuestas alrededor de una mesa de madera, al final del jardín. A los pies del hombre se encon-

traba enroscado un enorme perro con el pelo como de alambre, con la cabeza alargada echada entre las patas delanteras. Los calentaban unos troncos que ardían en una cesta de hierro situada frente a ellos, pero aun así necesitaban mantos. Como la mayoría de los romanos que habían llegado a establecerse en la nueva provincia de Britania, todavía no estaban acostumbrados al frío húmedo de los inviernos de la isla. Macro y Lucio, por el contrario, iban vestidos con unas sencillas túnicas y sudaban mientras se ejercitaban en el jardín.

–¡Dale fuerte, Lucio! –gritó, alegremente, una de las mujeres. Era robusta, con la cara redonda y amable, los ojos castaños y el pelo oscuro.

Macro frunció el ceño y la miró.

–Gracias por tu leal apoyo, esposa.

Petronela se echó a reír y agitó una mano con desdén.

Estaba a punto de responder cuando el niño dejó escapar un agudo grito y cargó hacia él, hacia su costado. El centurión paró el golpe con facilidad y respondió apuntando al centro del pecho del muchacho. Echó atrás la espada de entrenamiento más pequeña, que rebotó en el arma de Macro, cuando Lucio se arrojó a golpearlo en el estómago. A pesar de estar grueso, Macro se movía con agilidad y se apartó del camino, y la punta de la espada del chico cortó el aire a su lado. Estaba a punto de dar de nuevo un golpe en el hombro del muchacho cuando Lucio le dio un pisotón, pues Macro tenía los dedos del pie más adelantados al aire.

–¡Ay! –gritó el centurión con sorpresa y dolor, y retrocedió un paso cojeando–. Vaya, serás astuto, cabroncete...

–¡Cuidado con esa boca! –lo censuró su mujer.

Antes de que Macro pudiera responder, Lucio había retrocedido un paso y se había arrojado luego hacia el pecho del centurión. La punta aterrizó de lleno justo debajo de sus costillas, un golpe agudo que simplemente hirió su orgullo durante un segundo, antes de sonreír y bajar la espada.

–¡Eso es! ¡Bien hecho, Lucio!

La expresión feroz del niño se relajó y se convirtió en un orgulloso deleite, y se volvió hacia el hombre barbudo que estaba sentado a la mesa. De unos treinta y tantos años, era esbelto y tenía los mismos rizos oscuros que su hijo. En su rostro se veía una cicatriz en diagonal desde la frente a la mejilla, pero que aun así no conseguía estropear su belleza delicada. Sonrió a su vez y abrió la boca como advertencia, pero llegó demasiado tarde. Macro dio un golpe en la muñeca a Lucio con la parte plana de la espada de entrenamiento lo bastante fuerte como para que al chico se le cayera el arma.

Éste lanzó un grito y miró ceñudo al centurión.

–Nunca des la espalda a tu oponente mientras esté todavía en pie –lo aleccionó Macro–. ¿Cuántas veces te lo he dicho, eh?

Había un tono serio en su voz. Lucio bajó la cabeza y se frotó la muñeca.

–Duele... –murmuró.

–No es nada comparado con el dolor que sentirás cuando te claven una espada en la espina dorsal si haces eso en una batalla de verdad.

Lucio apretó los labios, y su barbilla tembló un poco por el orgullo herido. Macro vio que estaba a punto de llorar y no quería que el chico se avergonzase. Le despeinó el pelo en un gesto afectuoso.

–No pasa nada, chico –le dijo en voz baja–. No hay vergüenza alguna en cometer errores cuando estás aprendiendo a manejar una espada. Yo hacía lo mismo, al principio. –Miró hacia la mesa y sonrió–. Tu padre era uno de los peores reclutas que se unieron jamás a la Segunda Legión. Era más peligroso para sí mismo y para sus camaradas que para el guerrero germano más fiero que haya respirado jamás. ¿No es verdad, Cato?

Cato hizo una mueca.